

# “Escarmentados”: Configuraciones violentas en “Las Tumbas” de Enrique Medina

ANAPIOS, Eugenia / FFyL, UBA - euganapios@gmail.com

---

Eje: Estado, cuerpo y violencia Tipo de trabajo: ponencia

---

» Palabras claves: Jóvenes, encierro, jerarquías, legalidad, escritura

## › **Resumen**

Este trabajo busca analizar las configuraciones, estratificaciones y estilizaciones que traza la violencia en la novela *Las Tumbas* de Enrique Medina. Se partirá de la caracterización del “instituto de menores” como espacio atravesado por un vacío legal que (des)regula su funcionamiento.

Ante la inexistencia de legislaciones estatales al respecto, erigiéndose en la oscuridad – al margen de la justicia – el instituto de menores inaugura una legalidad propia, administrada y asumida por cada una de las personas que transitan la institución. En la Tumba, la violencia es ley, y la legalidad se inscribe en los cuerpos. Los jóvenes de *Las Tumbas* adquieren las violentas formas de la institución, en un visceral proceso en el cual – en términos de Foucault – el “cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone” (Foucault: 2008). Por otra parte, se propondrá una reflexión sobre el descarnado lenguaje que utiliza la obra en relación a la violencia plasmada en sus páginas y en la posibilidad de este léxico despojado y coloquial de plasmar la experiencia violenta, entendiendo – a su vez – a la obra en sus respectivas condiciones de circulación masiva (*bestseller*) y como revés de las experiencias de juventud que la tradición literaria argentina ha colocado, históricamente, en el centro.

## › **Presentación**

Hablar de institutos de menores en Argentina supone, hasta el día de hoy, transitar un espacio atravesado por un vacío legal, por un olvido estatal. Las regulaciones al respecto – a diferencia de lo que ocurre, en términos generales, con el sistema penal de adultos – son crípticas y difusas. Este contexto de indeterminación encuentra su contrapunto en la circulación masiva mediática de discursos punitivos que buscan bajar la edad de imputabilidad de los y las jóvenes. Con argumentos maniqueos y estigmatizantes, la mira apunta una y otra vez a los adolescentes. Por supuesto, estos ataques se encuentran íntimamente relacionados con el entorno social al que pertenecen: se trata de chicos y chicas de bajos recursos: pobres, y peyorativamente calificados como “negros”.

› **Imaginate adentro...**

En este trabajo vamos a remontarnos a una experiencia testimonial en primera persona del Instituto de Menores, el Reformatorio, el Hospicio. Se trata de la que el periodista y escritor argentino Enrique Medina plasma en su novela *Las Tumbas*, publicada en el año 1972. Cabe realizar algunas consideraciones sobre la recepción de la obra, un best seller con todas las letras. El libro vendió alrededor de trescientos mil ejemplares, y esto sin contar las ediciones clandestinas que circulaban: en el año 1974 ya contaba con quince reediciones, a cargo de la editorial De La Flor. Tras décadas de silencio, en el año 2012 la editorial Galerna realiza una edición aniversario a cuarenta años de su publicación, profusamente ilustrado y con un prólogo inédito de Medina. No olvidemos tampoco que – junto con Manuel Puig – Enrique Medina fue uno de los autores más censurados antes y durante la última dictadura militar, ya por los incisivos cuestionamientos al sistema judicial, ya por su contundente denuncia a las prácticas de sometimiento, tortura y violación al interior de este tipo de instituciones. Como si fuera poco, en 1991 la novela es llevada al cine por Javier Torre, y con las actuaciones de figuras de la talla de Federico Luppi, Norma Aleandro y Pompeyo Audivert.

Nos enfrentamos a una obra que encierra una marcada correspondencia autobiográfica con la vida de Medina. El escritor atravesó diez años – parte de pubertad y posterior adolescencia – en diferentes “Tumbas” de la provincia de Buenos Aires. En una entrevista aparecida en el número 28 de la revista *Sudestada* Medina afirma:

- › “A veces me preguntan cómo fue en la época de los militares, y debe haber sido mucho peor que cuando yo estuve, lógico. Si veías lo que pasaba en la calle... imaginate adentro. En verdad los institutos no sirven para nada, son la antesala del infierno. Cuando las damas de beneficencia fundaron estos lugares estaban bien intencionadas. Eran las mujeres de los políticos conservadores que al no tener nada que hacer y querer figurar decían: 'chicas, hagamos algo por los pobres' y en un principio estuvo bien hecho pero ¿qué fue lo que pasó? Apareció la burocracia, que mata toda buena intención y se transforma en un monstruo corrupto” (Revista *Sudestada*)

De estas damas de la beneficencia y sus maridos, los “escritores gentleman” de la generación del 80 y de su relación con la obra de Medina volveremos hacia el final de nuestro trabajo. Por el momento, convengamos en que las fronteras entre literatura y vida en *Las Tumbas* son difusas, permeables. El injusto olvido que durante años sufrió la totalidad de la obra de Medina – reaparecida en nuevas algunas

nuevas ediciones recién en los últimos tiempos – da cuenta de las dificultades de clasificación y los problemas que genera su lectura cuando se intenta ubicarla dentro de tipologías o formas de clasificación genéricas más o menos estables. De la misma forma en que las jergas delincuenciales o el lenguaje de los marginados, Enrique Medina escribe a contrapelo la lengua oficial de la institución literaria, de la tradición oficial. Literatura y vida se cruzan en su obra y es en la particular retórica discursiva que se genera al interior de *Las Tumbas*, donde reside la fuerza que – como postula Juan José Sebrelli en su artículo “Enrique Medina y el realismo lingüístico” – lo libra de “caer en la mitología del suburbio o en la retórica del lunfardo”. Sebrelli señala incluso el estrato social del autor como prueba de su autenticidad, no se trata de un clase media fascinado con lo popular sino de un escritor que “surge de los mismos ambientes populares que describe”.

### › ***Pendejos piola piola***

En contraste con la oscuridad de las legislaciones estatales en lo que refiere a los llamados institutos de menores, al interior del que describe *Las Tumbas* nos encontramos con un espacio fuertemente regularizado, estratificado, jerarquizado. La Tumba inaugura una legalidad propia, administrada y asumida por cada una de las personas que transitan la institución. Hallamos, entonces, dos dimensiones violentas. La primera es la del Estado, que la ejerce dando la espalda al funcionamiento de la institución. La segunda es la que inundará hasta el más recóndito rincón de la institución. En la Tumba, la violencia es ley, y la legalidad se inscribe (se escribe, se lee) en los cuerpos.

Rápidamente daremos cuenta de la línea argumental de *Las Tumbas*. Está narrada en primera persona por un preadolescente – que irá creciendo a medida que se desarrolle la trama – del cual desconocemos el nombre. A raíz de un episodio en particular es apodado por sus compañeros el “Pollo”. Dividida en una primera y una segunda parte, esta escisión se corresponde con dos Tumbas diferentes. La primera está ubicada en la Capital Federal, la segunda – a la cual el Pollo es trasladado al concluir la primer parte – se halla, aparentemente, en alguna parte del conurbano bonaerense, aunque esto no se especifica tampoco en ningún momento.

En la Tumba se configura – como dijimos – un sistema jerárquico de autoridad. Los “internados” (notesé la relación de este vocablo con la palabra “interno”, utilizada para designar a los presos) se dividen en chicos, medianos y grandes. Los chicos pueden establecer para con los medianos y los

grandes relaciones de padrinazgo, que implican una lógica de protección no desprovista de arbitrariedad. Explica el Pollo: “este tipo de relación no se daba en todos los casos en una forma fija, siempre estaba condicionada también a la relación de intereses [...] por supuesto, esto no les impedía darnos un voleo en el culo cuando se les viniera en gana. Si no, ¿dónde quedaba la autoridad” (Medina, 1974: 43). Las autoridades se ven representadas en el día a día en las figuras de los celadores y prefectos – como una autoridad fantasmática – también existe un director de la institución.

### › **Lección inaugural**

El complejo mapa de relaciones es variable y se aprende con el tiempo. Sin embargo, la autoridad se imprime, de una vez y para siempre, desde el comienzo. El ingreso a la Tumba es un disciplinamiento del cuerpo que todos deben atravesar. En su llegada al primer instituto, al Pollo le pegan un compañero, un celador y un prefecto: notesé el orden jerárquico progresivo. La primera pelea es con el Tanito: “No veía nada. Sólo escuchaba el temblor de mi cuerpo. Apretaba fuertemente mis ojos y mis dientes mientras mi cerebro juraba, juraba y recontrajuraba abrirle la cabeza” (Medina, 1974: 27). La violencia ejercida sobre los cuerpos en la Tumba posee a su vez un carácter aleccionador, pedagógico: “Yo te voy a tener al trote, ¿sabés?” dice el celador y el Pollo piensa “Era evidente que el tipo ponía lo mejor de sí para que yo supiera” (Medina, 1974: 28). El tránsito del Pollo por las Tumbas puede leerse bajo el eje de la aprehensión de una lógica de adiestramiento corporal, en los términos en que lo caracteriza Michel Foucault en *Vigilar y castigar*, un cuerpo que “se manipula, al que se da forma, que se educa, que obedece, que responde, que se vuelve hábil o cuyas fuerzas se multiplican” (Foucault, 2008). Transcurrido un tiempo en la Tumba el Pollo ya ha comprendido la lógica violenta de la cual ha sido víctima en su ingreso y se convierte en victimario, sumándose a la algarabía de las numerosas e inventivas propuestas de sus compañeros, que van desde matar a un gato y colocarlo en sus camas mientras duermen hasta ahogarlos en la pileta.

### › **Hermoso color el rojo**

Como ya dijimos, la violencia se disemina en todos los niveles de la Tumba. En las relaciones entre pares, en las relaciones de éstos con las autoridades, en la mirada de “los de afuera”, en la arbitrariedad de la legalidad reinante. Estamos ante una novela – que en la presente edición consta de 337 páginas – en la cual difícilmente haya más de diez en las cuales no se esté narrando un hecho violento. Las descripciones no están para nada desprovistas de un goce estético. La violencia se estiliza, se elabora.

Veamos. Tras haber presenciado actos de violencia en los que se requerían cierta gracia y destreza como, por ejemplo, el uso de la toalla: “[Carranza] la agarraba de las dos puntas, la enrollaba haciéndola girar para el pecho y ahí nomás largaba a punta como un rayo y la hacía volver suavemente, como dibujando en el aire el cuello de un cisne” (Medina, 1974: 134). Un léxico sutil es utilizado para describir la utilización de la toalla devenida improvisada arma. A diferencia de Carranza, a las celadoras de la segunda Tumba les falta inventiva, pero esto se debe – según las conjeturas de Pollo – a la sujeción de sus movimientos a una reglamentación: “Hay que decir (...) que había muy poca creación individual por parte de las celadoras, sutileza más, sutileza menos, solamente se diferenciaban por el grado de potencia, nada más” (Medina, 1974: 245). Esta retórica particular, estilizada y pormenorizada nos lleva – sin lugar a dudas – a pensar en los orígenes de la literatura argentina en el siglo XIX. En este sentido, es posible hallar un eco de “La Refalosa” de Hilario Ascasubi que, antes de comenzar a enumerar cada una de las vejaciones corporales a los cuales se someterá al cuerpo unitario, le anunciará:

“¡Salvajón! *Aquí empieza su afición*”

El Rengo Batres juega con los genitales del Pollo, los retuerce y le tapa la boca para que no pueda gritar: “Le dije a los demás que me agarraran de las piernas y *ahí empezó la faena en serio*” (Medina, 1974: 200). La retórica discursiva corporal se mantiene, en forma de advertencia y es posible trazar una correspondencia entre estos dos “comienzos”, que inauguran tanto desde lo corporal como desde lo discursivo, una condición de posibilidad, es decir, todo lo que podría llegar a ocurrir si – en el caso de “La Refalosa” – el unitario no grita “¡Viva la Federación!” y – en el caso de *Las Tumbas* – no apareciese el Negro Díaz para advertir al Rengo: “Soltálo (...) ¿no ves que es un pendejito?” (Medina, 1974: 201).

### › ***Marcas del adentro. Chicos que se van***

El espacio de la Tumba se impone como el único posible. Analizar las corporalidades de los jóvenes del instituto en relación con el espacio supone dos ejes, a los que podríamos llamar “las marcas del adentro” y “los chicos que se van”, emparentados – asimismo – entre sí. El primero, tiene que ver con las escapadas que el Pollo en compañía de su amigo Martínez hace al centro porteño, *locus amoenus* urbano e indiscutido, en cuyas calles se ponen en juegos los consumos culturales de los chicos de la Tumba: cine, fútbol, boxeo, historietas, bares, etc. Antes (adentro), el Pollo dirá: “nos gusta mirar a la gente que pasa caminando. Siempre iban por la vereda de enfrente, nunca por la que daba (...) a la Tumba. Nos miraban como a bichos raros (...) Gutierrez aseguraba que se había corrido la pelota de que

estábamos apestados” (Medina 1974: 109). Ellos llevan la marca en el orillo, sus cuerpos están enfermos “apestados” por la institución. Ya transitando la avenida Corrientes, las reacciones no son muy diferentes: “¡No me toqués!” y “¡Salí de acá sucio!” le gritan al Pollo las muchachas con las que se cruza (Medina 1974: 161 y 171). Independientemente de donde se encuentren, los chicos de la Tumba portan los signos del “adentro”. Por otra parte, las limitaciones de la Tumba – funcionando como institución totalizadora y totalizante – se ponen de manifiesto cuando el afuera yuxtapone al adentro el tejido contextual corporal mucho más complejo de las escapadas: “antes antes la gente era gente y nada más; ahora una mina era un churro que tenía lindo culo o linda cara. Un tipo tenía tal pilcha o iba en tal auto. Un viejo no valía una escupida. Un artista de cine era el asombro” (Medina 1974: 142). El segundo eje, el de los “chicos que se van”, tiene que ver, por supuesto, con quienes abandonan la Tumba. El sistema que regula los traslados regulares es prácticamente inexistente: “No había un sistema o control determinado del que se pudiera deducir quien iba a ser trasladado y a dónde” (Medina 1974: 210). Sin embargo, a fin de año realizarán los traslados planificados y en estos casos obedecerán a factores como “densidad, capacidad de la Tumba, mantener proporcionales cantidades de acuerdo a las edades, conducta, aspecto, peligrosidad”, se enfatiza: “el mayor empeño de las autoridades era tratar de “desprenderse de todos los elementos perturbadores” (Medina, 1974: 210). En este sentido, bien vale volver al Foucault de *Vigilar y castigar*. Según su postura, el éxito del poder disciplinario se debe sin duda al uso de instrumentos simples: uno de ellos es, justamente, la “sanción normalizadora”. El triste final de Martínez – fiel compañero de aventuras del Pollo – es el punto en el que nuestros dos ejes se conectan. Recordará el Pollo: “Muchos años después los diarios me devolverían su imagen. Las cejas ya no estaban llenas de asombro, pero el pelo seguía rebelde sobre la frente. El epígrafe aclaraba: hampón abatido por la policía” (Medina, 1974: 219). El cuerpo de Martínez yace en plena calle e ingresa al relato oficial como lo hacen los cuerpos de los chicos que llevan la marca del adentro. Martínez es el chico que ya no volverá y – en el “epigrafiado” – su identidad se desdibuja y sólo permanece, apenas, en el cabello rebelde sobre el rostro.

### › **Juvenilia dark**

Al comenzar nuestro trabajo, a propósito de la respuesta de Medina en la entrevista de *Sudestada*, dijimos que ya nos ocuparíamos de los esposos de aquellas damas de la beneficencia que fueron quienes gestionaron – allá por los principios del siglo XX – la construcción de los edificios de los institutos de

menores. Se trata de la llamada “Generación del 80”, una serie de “escritores *gentleman*” para los cuales la actividad literaria no resulta un ejercicio independiente sino una continuación de la actividad política. En un contexto en el cual el avance modernizador destruye las viejas y sanas costumbres, Miguél Cané – figura indiscutida de esta camada de escritores – escribe para que algo permanezca y, para ello, nada mejor que apelar a la propia vivencia, configurando una conciencia legitimadora, operación que se ejerce en la evocación y la memoria. Así nace, en el año 1884, la novela *Juvenilia*.

Medina escribe “la otra *Juvenilia*”, la de la “escuela de delincuentes”, al margen de ley y en el reverso de la tradición letrada. La vinculación es – por momentos – sorprendente, ya que algunos pasajes de *Las Tumbas* parecen calcados especularmente de episodios de *Juvenilia*: mientras que los chicos del Colegio Nacional Buenos Aires (anteriormente llamado Colegio de Ciencias Morales) se suben a los techos para presenciar un combate militar, los de la Tumba trepan para observar un combate histórico: el del Negro Díaz y el Bestia Patriñes, dos “grandes” del Instituto. Mientras que los alumnos del Nacional se escapan del colegio para ir al teatro a ver una ópera, el Pollo y Martínez prefieren el cine en sus escapadas de la Tumba.

Propongo analizar – para finalizar nuestro trabajo – un pasaje de *Juvenilia* en el que aparece la violencia corporal, pero de una manera radicalmente distinta a la que venimos encontrando en las páginas de *Las Tumbas*. El profesor Amadeo Jacques – adorado por sus alumnos a pesar de su carácter, representante de los valores positivistas de la ciencia y progreso – le pega al joven Corrales, compañero de Cané: “Entonces Jacques, despreciando los golpes artísticos comenzó lisa y llanamente a hacer llover sobre Corrales una granizada de trompadas, bifés, reveses (...) todo en confuso e inexplicable torbellino”. Corrales no acierta a defenderse, es “un simple montonero” y “no ha leído a César, ni al gran Federico, ni los apuntes de Napoleón” (Cané, 1972: 52). Triunfará Jacques, con “la ciencia y el genio de la estrategia” (Cané, 1972: 53). Ya podemos imaginarnos lo que pensarían los jóvenes de la Tumba acerca de la disparada relación que establece Cané entre la lectura de Napoleón y la actitud para la defensa.

A modo de cierre propongo observar contrastivamente los dos últimos párrafos de estas novelas:

“Bendigo mis años de colegio, y ya que he trazado estos recuerdos, que la última palabra sea de gratitud para mis maestros y de cariño para los compañeros que el azar de la vida ha dispersado a todos los rumbos” (Cané, 1972: 125).

“Siguieron dos Tumbas más. Iguales y distintas. Otros sistemas, otros métodos. Nuevos compañeros. Pero al fin y al cabo todo lo mismo. Un día, la puerta estaba abierta. Llovía mucho y estaba anocheciendo. Amo la lluvia. Me dije feto mal cagado, estas calles son tuyas. Y las hice mías. Al menos eso creí” (Medina, 1974: 340).

Mientras que los agradecimientos a los maestros y el cariño los compañeros de Cané (sus compañeros se dispersan, no se van, no desaparecen, no huyen) acompañan la bendición al tránsito por ese espacio – al que llama, irónicamente, “prisión claustral”, Medina se conjura contra la institución y la frase autorreferida confirma su lugar en el mundo y lo deja afuera, del otro lado de la reja, del otro lado del muro, en la última línea del libro, en los derroteros de la literatura.

## **Bibliografía**

- Cané, Miguel. (1972). Juvenilia. Buenos Aires, Sopena
- Foucault, Michel (2008). “Cuerpos dóciles“ en Vigiliar y castigar. Buenos Aires, Siglo XXI
- Medina, Enrique (1974). Las Tumbas. Buenos Aires, De la Flor
- “Memorias del subsuelo. Entrevista a Enrique Medina“ (2010) en Revista Sudestada, N° 28
- Sebrelí, Juan José (s/f). “Enrique Medina y el realismo lingüístico”, en Colisiones, pp. 9-16.

-